



Selección poética

Por Zel Cabrera

Disfruto mucho leer narrativa y crónica, me siento muy cómoda en el terreno de la literatura de ficción, pero la poesía siempre estuvo ahí, ni siquiera estoy segura de quién la invitó, pero llegó y tal parece que para quedarse. Hemos aprendido a convivir y entender las reglas mutuas. Supongo que es una suerte de resignación.

Empecé a escribir poesía desde la secundaria, por un ejercicio que una maestra de español nos había dejado en clase, y que a mí me había resultado además de divertido muy sencillo, lo seguí repitiendo en la prepa hasta que llegó el momento de elegir una carrera. Alguien dijo que sería mejor estudiar periodismo y aprender a escribir otras cosas y no literatura, como hubiera sido lo más lógico.

A la fecha he publicado cuatro poemarios que comunican entre sí, pero no de formas obvias; el hilo conductor soy yo, escribiéndolos.



Ilustración: Jisel Flores

CUMPLEAÑOS

Mi madre puede decir lo que sea
y lo que sea será más cierto
que la lágrima que cae
en un día de cumpleaños
porque la luz sigue prendida
diciéndome que hay pastel y velitas;
gente que espera para abrazarme
aunque el amor no sea cierto
ni estas palabras que enuncian
la felicidad.

Nada es cierto, pero hoy es mi cumpleaños
y sin embargo,
he tenido días más felices,
horarios que despilfarré
o el día que encontré
mi arete favorito debajo de la cama
Soplo las velas, cada una
ante el asombro de una polaroid
pero las velas son un faro en miniatura
que soplo y apago para perder la ruta.



Ilustración: Gustavo Contreras

REBELDÍAS

Mamá solía decir que como te ven te tratan,
cuando me miraba con los pantalones rotos
y las blusas cubiertas de pelusa.
Como una adolescente rebelde,
insistía en vestirme como un vago
y pintarme las uñas de negro;
ese era el color de la tristeza.

Mamá puso el grito en el cielo
cuando a las paredes de mi cuarto
le brotaron afiches de punketos
con tatuajes y perforaciones
y las canciones que escuchaba
hablaban de suicidio.

“¿Qué diría tu abuela si te viera con esas fachas?”
me repetía; “pareces chola”.

Como castigo, dejó de comprarme ropa:
“si te vas a vestir así, yo no voy a ser tu cómplice”,
me gruñía cada que visitamos los centros comerciales.

Y por un año, mamá dejó de ser mi cómplice,
dejó de malcriarme, de peinarme, de quererme.
De poner caritas sonrientes en los hot cakes,
de untarle mermelada a mi bolillo.

II

Durante un año,
mamá me miró triste, enojada.
Y de lejos, en la otra orilla
en la que no he estado nunca,
en ese rincón de los desfiles de moda
y los concursos de belleza,
veía en mis primas
el modelo de hija que hubiera querido;
fue así que la ropa oscura dejó de valer la pena.



Quebrantada y celosa,
probé con otras rebeldías que no comprometieran
el lazo irrefutable que nos hacían madre e hija:
pinté nuevamente mi habitación de blanco,
ayudé con los platos de la cena,
aprendí a hacer gelatinas,
a lavar mi ropa con puntualidad,
a cumplir la promesa de no olvidarla.

Mamá volvió a ser mamá
y con esa complicidad
con la que me leyó cuentos infantiles
ahora leía mis poemas, me escuchaba.
Me reconocía.

Mamá volvió a sonreír:

“¿ya ves? no era tan difícil”

MANUAL DE DERMATOLOGÍA

Los cuentos de princesas
que mamá me leía por las tardes
a la salida del colegio
no aplacaron mi curiosidad,
esa cosquilla por saber cómo era el mundo,
por descifrar el origen.

Cuando nadie estaba cerca,
hurgaba en un manual de dermatología
que tenía mi padre;
me aprendía síntomas del vitíligo,
las causas de las pecas,
los remedios para la comezón,
por resequedad o por descuido
y los ungüentos para las quemaduras.

Recuerdo aquel libro
como si hubiera sido el primero
en tomarme en serio,
en decirme algo de alguien,
algo de mí.

Su portada tenía una fresa
y en su interior albergaba fotografías
de herpes y ronchitas infectadas.

Recuerdo aquel libro porque entonces
yo quería ser doctora como mi padre,
curar enfermedades de la piel,
hinchazones, irritaciones de la epidermis
por eso experimenté primero con mis muñecas
y luego con el gato.

El gato era un paciente delicado,
fugaz, escurridizo,
pero no más veloz que la muerte,
cuando lo alcanzó en la tormenta.

Siamés y de ojos turquesa,
mi gato murió ahogado,
nunca supe que pasó con sus restos,
nadie me dijo que había muerto,
que no volvería a casa.

Nadie me dijo tampoco,
que la muerte
nos deja huérfanos
a la orilla del sillón,
esperando a que algo vuelva,
aunque no vuelva,
aunque quede el silencio
de lo que fue.

II

En el silencio quedó también
el manual de dermatología de mi padre
abandonado en el librero
como mi sueño de ser doctora
y la esperanza de volver a ver a mi gato. 🐾



Ilustración: Gustavo Contreras



Zel Cabrera es poeta, traductora y periodista. Egresada de la Maestría en Periodismo Político de la Escuela Carlos Septién García. Becaria del Programa de Jóvenes Creadores del fonca (2017) y de la Fundación para las Letras Mexicanas (2014). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Tijuana 2018. En 2020, fue seleccionada para hacer una estancia en Banff Centre for Arts and Creativity, en Canadá. Ha publicado *Perras* (Fondo de Cultura Económica/Fondo Editorial Tierra Adentro, 2019), *La arista que no se toca* (IMAC, 2019), *Una jacaranda en medio del patio* (ISIC, 2018; Nueva York Poetry Press, 2020) y *Cosas comunes* (Simiente, 2019; Ediciones Liliputienses, 2020).

